



SILVIO HUBERMAN

LOS PASAJEROS DEL WESER

LA CONMOVEDORA TRAVESÍA
DE LOS PRIMEROS
INMIGRANTES JUDÍOS
A LA ARGENTINA



SUDAMERICANA

Silvio Huberman

Los pasajeros del Weser

La conmovedora travesía de los primeros
inmigrantes judíos a la Argentina

Sudamericana

A la memoria de mi hermano Efraín Daniel

AGRADECIMIENTOS

Expreso mi especial agradecimiento a las siguientes personas, que han colaborado con textos, ideas, lectura de originales, comentarios, préstamo de libros, traducciones del hebreo y aliento:

Clara Auerhan, Alicia Bernasconi, Graciela Blanco, Iván Cherjovsky, Nora Doukler, Eva Guelbert de Rosenthal, Diego Huberman, Jewish Theological Seminary (Nueva York), Juan Morrone, Osvaldo Quiroga, Susana Sigwald Carioli, Yaacob Rubel, Rita Saccal, Mabel Wagner e Hilda Zamori.

PRESENTACIÓN

Este libro, desarrollado en clave periodística, culmina una investigación de diez años. Nos propusimos narrar en detalle los pasos que dieron los 824 viajeros del vapor *Weser*, desde que tomaron la decisión de emigrar de Rusia hasta las primeras cosechas que levantaron en Moisés Ville, Argentina.

Esta es una historia de inmigrantes, pero también una metáfora, porque “los argentinos descendemos de los barcos”.

Hemos recorrido miles de kilómetros, algunas veces a través de correos electrónicos y búsquedas por Internet. Trabajamos en bibliotecas, archivos y museos; se nos abrieron muchas puertas generosas en feriados, sábados y domingos.

Los inmigrantes del *Weser* cruzaron el Atlántico, se trasladaron de un extremo al otro del mundo, pasaron del frío a un clima entre templado y caluroso con una extensa variación térmica, cambiaron de idioma, se encontraron con gente diferente y tuvieron que modificar sus costumbres. Fueron preciosos que tuvieron que pagar por su libertad. Pero por sobre todo eso, se convirtieron en pioneros que contribuyeron a la formación de nuestro país.

A lo largo de los años, este tema fue abordado en forma parcial, a veces teñido por la emoción de quienes contaron los hechos en primera persona. Son testimonios muy valiosos, pero suelen contradecirse entre sí porque generalmente se expresaron a puro rigor de

memoria y sentimientos. En otros casos se han construido textos históricos muy interesantes en los que hemos encontrados datos de gran valor. Así, contrastando unos y otros, más documentos que encontramos en los archivos y hasta piezas de museo, elaboramos este libro siguiendo dos perspectivas.

Por un lado, la estricta narración de la historia mediante la presentación de los hechos sucesivos con todos los detalles que encontramos en nuestra búsqueda. A ese recorrido sumamos datos del contexto que sitúan las acciones en un marco más amplio; contribuye a la mejor comprensión del fenómeno migratorio que partió de Rusia y de la gesta inmigratoria que propició nuestro país. Si bien están coordinados entre sí, la salida de Rusia y el ingreso en la Argentina presentan circunstancias tales que merecen ser tratados en sus respectivos entornos, como realidades bien diferentes que fueron enlazadas por los desplazamientos migratorios.

Hemos expresado que este libro trata de responder a sus interrogantes en clave periodística. Sus páginas se atienen a la premisa de que la información es sagrada y la opinión es libre, en cuya virtud hemos separado una de la otra para que el lector desarrolle su propio criterio, con la mayor independencia posible de pensamiento.

En un principio, nuestra idea se circunscribió al *Weser* y sus protagonistas, pero andando el camino advertimos que si bien esa constituyó una entidad en sí misma, los sucesos posteriores la convirtieron en la pieza central de un engranaje más complejo.

Todo lo ocurrido a esos primeros inmigrantes llamó la atención del barón Maurice de Hirsch e incentivó la acción de la Alliance Israélite Universelle de París y de otras entidades similares de Europa. Nació entonces la Jewish Colonization Association, a instancias de Hirsch y con su capital, una institución que algunos creyeron dadasa pero que fue, en realidad, una verdadera entidad filantrópica. Vale la pena que nos detengamos en esa sutil diferencia.

El barón adoptó el plan que le presentó el médico Wilhelm Loewenthal, tras su regreso desde la Argentina, donde vio de cerca las desventuras de los pasajeros del *Weser*, abandonados en una

estación ferroviaria santafecina. Supo que nuestro país podía aportar tierras vírgenes todavía cubiertas de monte para que agricultores extranjeros las convirtieran en unidades productivas. Esta era una buena oportunidad para los agricultores rusos de religión judía, porque en las tierras gobernadas por los zares la exclusión por razones religiosas y las consecuentes persecuciones, muchas veces feroces, clausuraban día a día cada uno de los puentes de la convivencia. Loewenthal, Hirsch y ahora también la Alliance comprendieron la necesidad de la emigración con ayuda pecuniaria y organizativa, pero a condición de que los beneficiarios trabajasen la tierra, crecieran como seres humanos, formaran y extendieran sus familias, se educaran y, en fin, abrieran surcos cada vez más anchos por donde transitarían sus hijos, nietos y las sucesivas generaciones. Esa fue la sutil diferencia entre la dádiva y la filantropía.

La Jewish Colonization Association adquirió tierras en la Argentina en coincidencia con la liberal y generosa apertura de la frontera a todos los hombres de buena voluntad que quisieran habitar nuestro suelo. Dos años después de la llegada del *Weser* a Buenos Aires, emprendió una tarea colonizadora que abarcó varias provincias, alrededor de quinientas mil hectáreas y treinta y cinco mil nuevos colonos que se mimetizaron con la tierra, adquirieron la nueva nacionalidad para sí y sus sucesores. La experiencia se extendió durante unos cincuenta años, con sus avances y retrocesos; finalizó cuando logró poner en funcionamiento la Colonia Avigdor, en Entre Ríos, para que los alemanes y austríacos que huían del nazismo y de la Gran Guerra encontraran un refugio de paz y libertad.

En ese lapso, varias generaciones ya habían sellado su vínculo de sangre con la tierra. Ya eran argentinos.

Hubo quienes pudieron sostenerlo y otros que no, pero todos pasaron por el bautismo rural. En algunos casos las exigencias resultaron insoportables, y entonces se optó por probar suerte en los centros urbanos según viejos o nuevos oficios. Otros partieron al exterior, e incluso hubo quienes regresaron a Rusia. Pero la mayoría cumplió el pacto y solo por errores organizativos de la Jewish Colo-

nization Association o por la extrema rigurosidad de sus directivos, los hijos no pudieron colonizarse y dejaron el campo en el que se habían instalado sus padres. Esos jóvenes, que terminarían despoñando las colonias, hicieron sus propios caminos como profesionales, industriales, comerciantes, cuentapropistas o empleados, en Buenos Aires y otras importantes ciudades del interior del país.

No fue casual que se acuñara una frase muy representativa de esas nuevas situaciones: "Sembramos trigo, cosechamos doctores".

La colonización, desde el Weser en adelante, creció al compás de la vertiginosa evolución que vivió la Argentina, especialmente entre 1889 y 1940. Hubo cosechas buenas pero también hubo que luchar contra la langosta y las inclemencias del tiempo, en medio de enormes privaciones. Al cabo, las unidades productivas fueron propiedad de los colonos, la Jewish Colonization Association recuperó todos los capitales invertidos, aun con una pequeña ganancia, y los inmigrantes y sus descendientes se incorporaron de pleno derecho al torrente que elabora nuestra realidad cotidiana. El girasol llegó a nuestras tierras como consecuencia de sus innovaciones y necesidades, lo mismo que el cooperativismo agrario argentino, que también comenzó en las colonias de los inmigrantes.

Las escuelas construidas por la Jewish Colonization Association, posteriormente donadas al Estado, y sus maestros alejaron el drama del analfabetismo de los recién llegados y sus anfitriones nativos quienes, por cierto, siempre practicaron una convivencia pacífica, más allá de hechos circunstanciales. El tendido de los ferrocarriles contribuyó a la interconexión y al conocimiento recíproco, las colonias se integraron a los pueblos y crecieron, se desarrolló el comercio y nacieron las primeras instituciones civiles y los hospitales públicos. Se modernizaron las maquinarias y las técnicas de labranza, aumentó la producción lechera y comenzó la producción de lácteos, se instalaron los primeros molinos de viento, se levantaron galpones y se tendieron los alambrados, crecieron los árboles frutales y forestales, nació la industrialización de la producción extractiva. Se modernizaron las viviendas y se abrieron las primeras bibliotecas. Las

aciagas horas iniciales dieron paso a salones de baile y a reuniones sociales.

Hace pocos meses, una calurosa tarde de verano llegué a Ingeniero Sajaroff (antes conocido como La Capilla), Entre Ríos. Entré al bar para tomar algo fresco y para consultar el camino que me conduciría a la Colonia Barón Hirsch, donde nació mi padre, hijo de un pasajero del *Weser*. La respuesta me dejó asombrado: "Señor, no queda nada".

Era cierto, no quedaban en pie testimonios de esa historia. Sin embargo, los campos sembrados, la moderna maquinaria agrícola y la hacienda que pacía estaban allí como un mensaje (quizás una advertencia) para el futuro: venían de aquellos campos vírgenes y sin desmontar que trabajaron nuestros mayores con el sudor de sus frentes.

S.H.

1

EL ARRIBO

La mañana del miércoles 14 de agosto de 1889 mostraba, aunque algo nuboso, ese cielo que muchos alemanes, parisinos e ingleses suelen buscar en Andalucía o Italia.

En ese puerto rústico comenzaba o terminaba el Río de la Plata, que con el Nilo, el Ganges y el Danubio fue especialmente recordado en 1651 por Gian Lorenzo Bernini en su Fontana dei Quattro Fiumi, en representación de los continentes conocidos. La obra se muestra, majestuosa, en la Piazza Navona de Roma.

El *Weser* ya les había avisado con tres toques de sirena a los habitantes de Buenos Aires el arribo de 1.200 pasajeros, entre ellos 824 inmigrantes rusos, de religión judía, apiñados en la tercera clase, después de cinco semanas de navegación.

Los registros de la nave, la nómina de sus tripulantes y pasajeros se quemó en el puerto de Bremen durante la Segunda Guerra Mundial. La página del Libro de Migraciones en Buenos Aires también desapareció: fue arrancada. Pero sus datos lograron ser recuperados. El *Weser*, construido en 1867 por *Weser Shipbuilders* en Bremen, Alemania, fue desechado como chatarra en 1896, siete años después de esa travesía.

Solo faltaba que el inspector Carlos Lix Klett diera su conformidad para que los viajeros descendieran a tierra firme.

Esos inmigrantes rusos eran mujeres, hombres y niños que deseaban habitar el suelo argentino, según la propuesta del Preámbulo de la Constitución Nacional de 1853 y la convocatoria de la ley 817, conocida como Ley de Colonización, redactada a instancias del presidente Nicolás Avellaneda en 1876. Dejaban atrás las penurias y los sinsabores de la Zona de Residencia, espacio al que se habían acotado sus vidas en la Rusia de los zares. Y como señala José Mendelson,

... la inmigración judía a la Argentina ha nacido, pues, no como un fenómeno esporádico de una afluencia indefinida, sino que se ha iniciado, históricamente considerada, bajo el signo de un ideal determinado, concretado conscientemente en el lema "A la Argentina para cultivar la tierra, a vivir allí del propio trabajo sobre la tierra".

Para algunos este constituía un mandato bíblico, para otros era la bocanada de libertad imprescindible para encaminar sus vidas y las de sus familias.

Nuevas ideas corrían por el mundo desde la emancipación de Estados Unidos en 1776 y la Revolución Francesa de 1789; aunque a cuentagotas, las novedades se esparcían por la Europa de los monarcas coronados por inspiración divina. El Iluminismo expresaba las nuevas formas del pensamiento, la salida hacia horizontes nuevos y desconocidos. Su influencia en la Zona de Residencia, que impulsaba un retorno a la agricultura, fue encarnada por Isaac Ber Lebensohn y cantada por el trovador Zunzer en su poema "La azada", que se convirtió en una canción popular.

La silueta del Weser resplandecía en el puerto de Buenos Aires, que para ellos era la otra orilla del mundo. Dos años atrás, el presidente Miguel Juárez Celman había dispuesto una serie de acciones publicitarias para que el llamado a los futuros inmigrantes se difun-

diera por Europa. En coincidencia, el Congreso había aprobado un mayor presupuesto para sufragar los pasajes.

Antecedentes

En 1772, Polonia perdió un sector de su territorio en favor de Rusia, Prusia y Austria. Veinte años después se produjo una nueva partición y en 1795 Polonia dejó de ser un país independiente. Un millón de polacos de religión judía se convirtieron en súbditos de la emperatriz Catalina de Rusia, que organizó con ellos la Zona de Residencia Obligatoria.

Catalina II, la Grande, reinó como emperatriz de Rusia durante treinta y cuatro años, hasta su muerte en 1796. Se convirtió a la fe ortodoxa rusa y no permitió, por ejemplo, que quienes no profesaban su credo construyeran capillas ni templos; así aprovechó el fervor cristiano del pueblo ruso en su lucha contra el poder otomano. Los católicos romanos comenzaron a sufrir un mayor control del Estado ruso después de la partición de Polonia.

La Zona de Residencia fue concebida para aislar a los ciudadanos judíos hasta su conversión a la fe ortodoxa rusa. A su vez, impidió que los nuevos sectores de clase media, emergentes del progreso industrial, compitieran con el resto de la clase media de la sociedad rusa tradicional, integrada por los nobles, los siervos y los clérigos.

La emperatriz, de origen alemán, hija del príncipe Christian Augusto, abrió la inmigración a los alemanes a poco de su ascenso al trono. En sendas convocatorias del 4 de diciembre de 1762 y del 22 de julio de 1763, puso tierras rusas a disposición de los posibles emigrantes y les aseguró el respeto al idioma de cuna y a su religión. Les prometió escuelas exclusivas, el establecimiento de colonias autogestionadas y la excepción del servicio militar para los inmigrantes y sus descendientes.

Hombres y mujeres alemanes llegaron a Rusia y se instalaron en el lugar asignado, a orillas de Volga. Catalina dispuso que los católicos

no convivieran con protestantes, calvinistas y luteranos; con ello se formaron dos grupos diferenciados y separados geográficamente.

Tras la muerte de la emperatriz, los zares que la sucedieron modificaron el estatus a perpetuidad que ella les había otorgado a los alemanes del Volga. Dispusieron el servicio militar obligatorio de cinco a siete años de duración más nueve años en la reserva, y ya no hubo nuevas tierras destinadas a la agricultura, salvo las de Siberia.

Los alemanes del Volga respondieron con un nuevo movimiento migratorio, esta vez con destino a Brasil y a la Argentina. Viajaron en tren desde Saratov hasta Bremen o Hamburgo, donde embarcaron rumbo a América del Sur. Corría el año 1877. Previamente, un grupo había explorado las condiciones que ofrecía la Argentina y había convalidado el desembarco en Santa María de Hinojo, cerca de Olavarría. Poco después arribaron contingentes al puerto entrerriano de Diamante, donde permanecieron en carpas durante dos semanas hasta que ocuparon los tinglados especialmente preparados en la aldea de Valle María. Tres lustros más tarde compartirían el suelo de Entre Ríos con los emigrantes rusos de la Zona de Residencia, pese al trato diferencial que les había dispensado Catalina.

La provincia de Entre Ríos fue un claro ejemplo de la radicación de inmigrantes en la Argentina. Los primeros asentamientos se desarrollaron en Colonia Barquin y después esa política recibió el claro impulso de Justo José de Urquiza: llegaron suizo-franceses, catalanes e italianos. Los sucesivos gobernadores acentuaron la convocatoria a grupos de diferentes nacionalidades como solución a la baja densidad poblacional de su territorio.

La Ley de Tierras y Colonias, dictada por el presidente Nicolás Avellaneda en 1876, tuvo su correlato en las acciones de los gobernadores entrerrianos José Francisco Antelo, Ramón Febre, Eduardo Racedo y Clemente Basavilbaso, en tanto el tendido de redes ferroviarias permitió la mejor interconexión provincial.

A la llegada del *Weser* al puerto de Buenos Aires, el perfil de Entre Ríos se había modificado sustancialmente con aldeas y colonias

de diferentes orígenes y la presencia del tren como uno de los elementos cohesivos de la población.

Educación y reclutamiento

Después de Catalina II, la “cuota judía” para la educación también experimentó diversas modificaciones durante su extensa aplicación. Desde 1886, la cantidad de estudiantes de esa pertenencia religiosa no podía superar el 10% dentro de la Zona de Residencia, el 5% fuera de la Zona, y el 3% en Moscú, San Petersburgo y Kiev.

Temas y problemas de la vida cotidiana en la Zona de Residencia fueron narrados por Sholem Aleijem: las historias de Tevie el Lechero en la ficticia aldea ucraniana de Anatevka sirvieron de base para *El violinista en el tejado*, el musical de Joseph Stein, con música de Jerry Bock y Sheldon Harnick.

Debido a las duras condiciones de la vida diaria, alrededor de dos millones de judíos, principalmente no religiosos, emigraron a los Estados Unidos.

Los niños al servicio militar

Según la Ley del Cantón, dictada por Nicolás I en 1827, los niños judíos de 8 y 9 años fueron reclutados por los ejércitos rusos y trasladados a Siberia, donde prestaron servicios militares. Solo después de haber permanecido en el ejército durante veinticinco años como proceso de asimilación, los jóvenes podrían tener acceso a Rusia.

De esos conscriptos, un tercio murió, otro se asimiló a la religión ortodoxa rusa y solo la tercera parte conservó la fe judía. La disposición rigió hasta 1857, en tiempos del zar Alejandro I.

El proceso de leva explicó la multiplicidad de apellidos en una misma familia, un recurso extremo ideado por los padres para inscribir a sus niños varones como hijos únicos y gozar de la excepción admitida para el reclutamiento. La nómina de pasajeros rusos que

llegaron a la Argentina en el *Weser* es manifestación de los resultados de esta práctica.

No eran las únicas desventuras. Los pogromos llegaban por sorpresa: cosacos y civiles a caballo golpeaban con saña a los hombres, violaban a las mujeres, incendiaban sus casas, destrozaban los muebles, destruían lo que quedaba en pie y se retiraban entre ayes de dolor, llantos de impotencia, caras inmoladas por el miedo y restos humeantes. Así ocurrió en Kiev (1881), Balta (1882) y Ekaterinoslav (1883); no fueron los únicos, sino los más recordados por su enorme ferocidad. Esa realidad, cada vez más frecuente, tornaba imposible la vida de miles de personas que solo deseaban llevar su vida con sujeción a reglas éticas o religiosas diferentes al gusto e ideología del régimen.

Las ideas del Iluminismo comenzaron a esparcirse en Europa. Libros y diarios que mostraban que otra vida era posible llegaron a la Zona de Residencia. De allí en más germinaron diferentes ideologías, nuevos interrogantes, especialmente referidos a la posibilidad de que las personas de religión judía se integraran al resto de la población de los países que habitaban, más allá de sus creencias religiosas, reservándose simultáneamente un espacio confesional propio. Se estima que el primer comentario acerca de la "posibilidad Argentina" fue publicado en junio de 1888 por el diario *Hatzefirá*, en Varsovia.

Las ideas bullían en busca de alternativas. No deben extrañar, entonces, los posteriores procesos de asimilación e integración, la participación de los emigrantes en movimientos anarquistas, socialistas y de reivindicación social, aquellos que reforzaron sus identidades religiosas y, finalmente, los que ansiaban llegar a Palestina, bajo soberanía otomana, para fundar una nación judía. A esta última iniciativa adhería el húngaro Theodor Herzl.

Theodor Herzl